

ENSAYO

SOBRE

LA INDIFERENCIA

EN MATERIA DE RELIGION.

PARTE CUARTA.

EL CRISTIANISMO ES LA UNICA RELIGION REVELADA

POR DIOS, O LA SOLA VERDADERA.

CAPITULO PRIMERO.

PRIMERA CONSECUENCIA DEL PRINCIPIO DE AUTORIDAD :

LA VERDADERA RELIGION ES NECESARIAMENTE

REVELADA POR DIOS.

Hemos probado que existe una verdadera Religion, que no hay mas que una, que es absolutamente necesaria á la salud, y que la autoridad es el medio general dado á los hombres, para discernirla de las religiones falsas. Nos

queda, pues, que demostrar que en efecto, desde el origen del mundo, la mayor autoridad visible, ha pertenecido constantemente á una sola Religion, cuya verdad siempre ha podido ser reconocida por este carácter.

Antes de entrar en las explicaciones y pormenores que exige una materia de tan universal importancia, debemos suplicar á todos los que lean este escrito, alejen de su entendimiento toda clase de preocupaciones, todas las opiniones vanas que, envolviéndole como en una densa niebla, impedirian penetrarse en él la luz. Elta se derrama en los corazones sinceros : y he aquí porque, mientras que todo parece obscuro á la razon disputadora y altanera, todo es claro para las almas rectas, al menos, todo lo que interesa verdaderamente al hombre. Del orgullo, es de donde nacen las tinieblas, del orgullo, padre de las prevenciones, de las secretas repugnancias contra la verdad, de las dudas desoladoras, y de las pasiones innumerables, que tiranizan el entendimiento y le arrastran lejos del sol de las inteligencias, lejos de la fuente de la vida, lejos de Dios. El nos ha hecho para conocerle; pero

ha querido que nuestra fe fuese libre; y sobre todo, humillando la presuncion de nuestro espíritu, tiene á bien hacerle sentir su saludable dependencia : lo ha criado flaco por sí mismo, y fuerte por la sociedad; y, señalando á la virtud mas dificultosa la recompensa mas elevada, ha fundado la certeza sobre la desconfianza de sí mismo, y toda nuestra entera felicidad sobre una humilde obediencia.

Así hemos visto que no se desechan las creencias necesarias, sino separándose de todos los pueblos, y negando el testimonio del género humano, poniendo la propia razon en lugar de la razon general, y proclamándose, á sí mismo y solo, infalible en medio de todos los hombres, que se supone han errado por espacio de cuarenta siglos. Si, por el contrario, se sigue fielmente el principio que hemos establecido, y que no se puede trastornar sin echar por tierra la base de nuestros conocimientos y juicios, se avanza con un paso seguro en la senda de la verdad, y esta se manifiesta plenamente; las sombras que la obscurecian se desvanecen. Entre las diversas religiones que dividen el mundo, se

discierne la verdadera con la misma facilidad que estamos seguros de nuestra existencia, y somos cristianos por los mismos medios que somos hombres, creyendo lo que atestigua la mayor autoridad ¹. « No hay, » dice San Agustín,

¹ « Cuando una vez los hombres han llegado á sacudir el yugo de la autoridad, ¿ hay entre ellos alguna regla fija é inmutable acerca de la Religión? » (*Quest. sur l'Incrédulité, par M. l'évêque du Puy*, cuést. IV, pág. 260.) « No se establece el pirronismo fijándose en la tradición constante, uniforme, universal de todos los pueblos en su origen, que atestigua una revelación. Por el contrario, siguiendo un camino diferente, dándosele todo al raciocinio y nada á la tradición, es como los filósofos han hecho nacer el pirronismo. Todos aquellos que quieren seguir el mismo método, vendrán á dar en el mismo término: Dios ha querido instruirnos por la tradición y por la vía de la autoridad, no por el raciocinio. » (BEAUGIER. *Traité de la vraie Religion*, tom. I, p. 516. Edic. de Besanzon, 1820.) El primer autor que emprendió, despues de la restauracion de las letras, defender la Religión cristiana contra los ateos, deístas y hereges, estableció el principio de autoridad, como la única base sobre la cual sea posible elevar, con solidez, el edificio de nuestros conocimientos, sean de la clase que fueren. « Por la inclinacion natural de los hombres, » dice, « ellos trabajan continuamente buscando la evidencia, la verdad y la certeza, y no se pueden saciar ni contentar, á menos que no lleguen á estar cerca del último punto de su poder. Mas, hay grados en la certeza y en la prueba, que hacen que unas pruebas sean mas fuertes, otras mas débiles, una certeza mayor, otra menor. La autoridad de la prueba y la fuerza de la certeza se engendran de la fuerza de los

« ningún camino cierto por el cual las almas puedan alcanzar la sabiduría y la salud, á menos que la fe no les prepare á la razon ¹. »

Los sistemas falsos de filosofía, adoptados sucesivamente desde Aristóteles, y cuyo influjo se extendió hasta las escuelas cristianas, tenían todos una tendencia comun. Dejaron los espíritus en una obscuridad inconstante, substituyendo puras abstracciones á la realidad de las cosas. No considerando nunca al hombre sino aislado, y privándole de este modo del apoyo de la tradición, le obligaron á buscar en si mismo todas las verdades necesarias y la certeza de estas verdades, atribuyendo á la razon de cada individuo los derechos de la razon universal, de la misma

« testigos y de los testimonios, de los cuales depende la verdad; y de aquí nace que cuanto mas verdaderos, claros, é indubitables sean los testigos, tanta mas certeza habrá en lo que ellos prueban. Y si ellos son tales, que sus testimonios por su evidencia no pueden ofrecer duda alguna, todo aquello que ellos atestigüen como verdadero, será para nosotros certísimo, evidéntísimo y muy manifiesto. » (*Théologie naturelle de Raymond de Sebonde*, cap. I, p. 1 y 2. Paris, 1611.

¹ *Nulla certa ad sapientiam salutemque animis via est, nisi cum eòs rationi præcolit fides.* De utilit. credendi, cap. XVII. Oper., tom. VIII, col. 69.

razon divina, y libertándola así de toda dependencia como de toda autoridad. Desde este instante, el hombre quedó único dueño y árbitro de sus creencias y obligaciones: fué infalible, fué Dios, pues que se arrogó la plenitud de la sabiduría intelectual, y, en vez de decir, como la Religion y el sentido comun le dictan: *Hay Dios, luego yo existo*, se colocó insolentemente á la cabeza de todas las verdades y de todos los seres, diciendo: *Yo existo, luego hay Dios*.

No es este el lugar oportuno, en que conviene desenvolver las consecuencias de este error grande y fatal. Debemos, sin embargo, observar una, que está enlazada con la materia que ahora tratamos. Despues de haber separado al hombre sistemáticamente de la sociedad, ha sido preciso, ó abandonarle á un ateismo irremediable, ó sostener que tiene en sí una ley moral y religiosa, independiente de la tradicion; ley cierta y conocida de todos, sin revelacion primitiva, y sin enseñanza exterior que la perpetúe. Un horror justo al ateismo ha hecho á la mayor parte de los filósofos, abrazar este último partido. Han imaginado, pues, una religion que llaman *natu-*

ral, porque la naturaleza, dicen ellos, la enseña á todos los hombres, de modo, que cada uno de por sí, consultando su sola razon, descubre en ella todo lo que debe creer y practicar. Se han habituado desde luego á distinguir dos religiones diferentes por su origen, la una natural y necesaria, la otra contingente y revelada, oponiendo de este modo la naturaleza á la revelacion; como si la revelacion, que no es mas que la manifestacion de Dios al hombre, el Criador que habla á su criatura inteligente, el poder ó autoridad á sus súbditos, el padre á sus hijos, no fuese lo que se puede concebir mas conforme á la naturaleza del hombre, que nada sabe fuera de lo que se le ha enseñado, y á la naturaleza de Dios, que no ha eriado al hombre mas que para que le conociese, amase y sirviese.

Pero las ideas mas simples, y que han sido comprendidas por todos los pueblos, son precisamente aquellas con que choca el espíritu filosófico. El filósofo no admite ni quiere maestro alguno en la indagacion de la verdad: ella debe ser su propia posesion, una conquista suya, so pena de desecharla con menosprecio. Nadie tiene

derecho para decirle : *Creed*; y, si consiente en reconocer alguna cosa superior á él, si se digna admitir un Dios, es preciso que él se haya erigido á sí mismo en este Dios, y que su razon de un día haya creado al Eterno.

Ciertamente, hay razon para asombrarse de que la absurda hipótesis de una religion que cada uno halla en sí, sin instruccion precedente, haya podido ser adoptada por algun cristiano. Esta religion, que no es otra cosa que el deísmo¹, no tendria alguna base, ó se apoyaria, bien en el sentimiento, bien en el raciocinio individual, y tambien siempre, y en último análisis, en el raciocinio; porque, ¿qué se haria, y qué se debería hacer, si lo que se piensa estuviese discorde con lo que se siente? ¿Y no es la razon quien juzga, quien decide, quien afirma? La religion natural, pues, no seria ni cierta, ni obligatoria²: no seria cierta, pues que su certeza

¹ Véase la part. I, cap. IV y V.

² Véase la part. III, cap. VI y VII. — *Ratio humana in rebus humanis est multum deficiens: cujus signum est, quia philosophi de rebus humanis naturali investigatione perscrutantes in multis erraverunt, et sibi ipsis*

no tendria otro fundamento que una razon falible: tampoco seria obligatoria; porque, ¿qué razon hay para que nadie esté obligado á creer como verdadero, lo que puede ser falso? «Nuestra doctrina», dice un Padre antiguo, «no seria mas que una doctrina humana, si no se apoyase mas que en el raciocinio». ¿Y qué

contraria senserunt: ut ergo esset indubitata et certa cognitio apud homines de Deo, oportuisse quod divina eis per modum fidei traderentur, quasi à Deo dicta, qui mentiri non potest. (S. THOM. II, 2, q. 2, art. 4.) Explicatio credendorum fit per revelationem divinam. Credibilia enim naturalem rationem excedunt. (Ib., art. 6.)—Mucho tiempo antes de Sto. Tomas, habia dicho S. Atanasio: *Divinitas non demonstratione rationum traditur; sed sine, et pía cogitatione, cum religione. (ATHAN. ad Serap., t. I, p. 360.)* Y S. Juan Damasceno: *Nemo unquam Deum cognovit, nisi cui ipse revelaverit. (Exposit. accurata fidei orthodoxæ, lib. I, cap. I, Oper. t. I, p. 425.)*—Lactancio se explica todavía, si cabe, con mas precision: *Nulla est humana sapientia, si per se ad notionem veri, scientiamque nitatur; quoniam mens hominis cum fragili corpore illigata et in tenebroso domicilio inclusa, neque liberius evagari, neque clariùs perspicere veritatem potest; cujus notio divinæ conditionis est. Deo enim soli opera sua nota sunt; homo autem non cogitando, aut disputando assequi eam potest; sed discendo, et audiendo ab eo, qui scire solus potest, et docere. De vita beata, lib. VII, n. 2.*

¹ ATHENAG. *Apolog.*, n. 9.

obligacion moral puede resultar de una *doctrina humana*, ó de una opinion?

Supongamos por otra parte, que cada hombre tenga una obligacion de mirar como verdad, y tener por tal todo lo que parezca á su razon que es verdad, y la de obrar conforme á lo que piensa y siente, habrá tantas verdades diversas, tantas religiones y morales, cuantas cabezas hay. La ignorancia que obscurece el entendimiento, el fanatismo que le subyuga, las pasiones que le corrompen, determinarán para cada uno leyes opuestas, y sin embargo igualmente ciertas, igualmente obligatorias; y esto es lo que sucede siempre que no demos otra regla al espíritu que sus propios juicios. «No hay particular,» dice Bossuet, «que no se vea autorizado por esta doctrina para adorar sus invenciones, consagrar sus errores, y llamar Dios todo cuanto «piense.»

Oraison funèbre de la reine d'Angleterre. — Bossuet habla en este pasage de la doctrina de los protestantes, que quieren que cada uno, de por sí, sea el único intérprete de la Escritura. Las consecuencias que él deduce de este falso principio del protestantismo, se aplican con mucha mayor fuerza todavía á aquellos

Ningun medio queda para exigir la creencia de un dogma, cualquiera que sea, ni la obediencia voluntaria á ninguna ley, desde luego que se admite el principio en que se apoya lo que se llama religion natural, y que no es otra cosa que la destruccion de toda religion; porque, en este sistema, mi religion es mi pensamiento, mi sentimiento, mi opinion; así como la opinion, el sentimiento, el pensamiento de otro es su religion; de donde se sigue, que todas las religiones son verdaderas, ó que ninguna lo es: mas, decir que religiones contrarias son todas verdaderas, es afirmar que todas ellas son falsas, es establecer la indiferencia absoluta de religiones, y no

que no conocen la Escritura santa, ó que no admiten su autoridad. Porque al fin, la Escritura es la palabra de Dios, es un socorro inmenso ofrecido á la razon; y, si este socorro es insuficiente, si la palabra de Dios escrita no impide que el hombre, que quiere interpretarla por sí solo, caiga en los abismos que Bossuet nos presenta abiertos bajo de sus pies, ¿qué sucederá cuando este mismo hombre, sin guia, sin consejo, sin antorcha que le ilumine, se vea completamente abandonado á su propio espíritu? La razon ayudada de la Escritura, no puede hacer mas que extraviarse, se confiesa esto; pero sin la Escritura, ya es otra cosa, en este caso es omnipotente para descubrir la verdad.

dejar otro refugio que el ateísmo á los espíritus consecuentes.

A este punto se han visto conducidos los filósofos de todas las escuelas, por soñar en un estado quimérico de naturaleza, que ellos se han empeñado en encontrar por todas partes, donde quiera que han buscado el origen y la razón de todo, no solo de la Religión, sino también del pensamiento; estado que, si pudiese darse, no sería mas que el aislamiento absoluto, ó la destrucción del hombre moral é inteligente. Pero no han visto, ó no han querido ver, lo que los mas sabios entre los antiguos habian reconocido, que el hombre ha sido hecho para la sociedad, fuera de la cual no puede vivir; que allí está su verdadera naturaleza *, y que por tanto jamas debe

* Aristóteles lo reconoce formalmente: « Nosotros miramos como el estado natural ó de naturaleza. en todas cosas, aquel en que estas suceden, por un desarrollo natural y completo; de donde se sigue claramente que las sociedades políticas son naturales ó están en la naturaleza. » (*De Republ.*, lib. I, cap. n.) — « El hombre, » dice Ciceron, « conoce que ha nacido para la sociedad. » *Cinque se ad civilem societatem natum senserit, etc.* (*De legib.*, lib. I, cap. vii.) Mas, ¿ cómo se ha establecido la sociedad civil? ¿ cómo se conserva? Se ha establecido, porque

considerársele solo, para descubrir las leyes de su ser, el fundamento de su razón, y la regla de

el hombre, ser inteligente, ha estado antes en sociedad con Dios: se conserva por las leyes de la soberana razón, de la razón universal (*communis*) que une á los hombres entre sí, y con Dios mismo. *Prima homini cum Deo rationis societas. Inter quos autem ratio, inter eosdem etiam recta ratio communis est. Quæ cum sit lex, lege quoque consociati homines cum diis putandi sumus..... Univerſus hic mundus una civitas communis deorum atque hominum.* (*Ibid.*)—Esta es la doctrina de la antigüedad. Cinco siglos antes de Ciceron, Ocello Lucano enseñaba también que el hombre es miembro de dos sociedades, la una política, la otra divina. *τῆς πολιτικῆς καὶ τῆς θεϊκῆς.* (cap. iv, n. 5.)—« Además de la facultad de raciocinar, » dice Epicarneo, « posee el hombre una razón divina..... El no ha inventado ningun arte, todos le vienen de Dios, y la razón humana « ha nacido de la razón divina. »

Ἔστιν ἀνθρώπων λογισμὸς, ἔστι καὶ θεῶν λόγος.
Οὐ γὰρ ἄνθρωπος τέχνην τιν' εὗρεν, ὁ δὲ θεὸς ταύτην φέρει.
Ὁ δὲ γε τοῦ ἀνθρώπου λόγος πέφυκεν ἀπὸ θεοῦ λόγου.

EPICAR. ap. Euseb. *Præp. Evang.*, lib. XIII, c. xiii, p. 582.

Pitágoras enseñaba la misma doctrina, que habia aprendido de los Egipcios y Fenicios. « Habiendo nacido de Dios, tenemos en él, por decirlo así, nuestras raíces: y por esto es por lo que, separándonos de él, perecemos, como el arroyuelo que se aparta de su fuente se seca, como la planta, separada de la tierra, se seca y se pudre. »

ρίζοντες ἐν Θεοῦ καὶ φεόντες τῆς αὐτῶν ρίζης ἐχώμεθα.